

bajorelieves del Partenón, rompiendo su vara estéril en la rodilla después de haber visto roto su corazón por la desgracia. El templo, alzado sobre un zócalo en gradería, tiene allí toda la belleza del Renacimiento y demuestra cómo había en el pintor eximio un arquitecto no menos inspirado y armonioso; el paisaje se inunda de aquella luz regocijadora y consonantísima con las alegrías que retozaban por el cuerpo de los asistentes á nupcias israelitas; la Virgen, dibujada por magistral modo, respira no aprendido rubor y tiene algo en su modestia de la ingenuidad y de la inocencia edénicas; el joven y sesudo novio extiende con recelo su mano en busca de la otra mano, donde se guarda su felicidad, que impele un verdadero empuje del sacerdote venciendo su resistencia; las compañeras de María evocan las damas florentinas que brillaban por aquella sazón en los jardines platónicos del Arno y fluían de sus labios la inspiración artística; todo el cuadro merece llamarse idilio poético y religioso, como sólo sabía componerlos el intérprete de aquella conjunción entre la idea griega y la idea cristiana, cuyos dobles fulgores, de una hermosura sin igual, resplandecían entonces con luz muy semejante á la que destellaron, luz de ideas inspiradísimas generadora de afectos sublimes, Atenas y Alejandría.

IX

En la ortodoxia y en la tradición cristianas, el matrimonio de María y José fué un puro matrimonio de las almas. Imposible la vida para una doncella galilea, si no tenía un varón que la sostuviera y amparara, casáronse los cónyuges beatísimos, por tanto; pero con la condición expresa de prestar á su casamiento el carácter espiritual de pura y santa hermandad. Esta resolución es la primera que choca en la historia de María con las costumbres entonces arraigadas y con las leyes entonces vigentes. El matrimonio se imponía entre los hebreos, no solamente por sus códigos, por el horror sentido en todos á la falta de generación y descendencia. La mujer estéril se creía mujer maldita. La niña casadera y no casada se plañía de su desgracia en tristísimas endechas. Cuando las vírgenes de Israel acompañan al sacrificio la hija de Jefté, duélense y lamentanse á una de que muriera inmolada, sin haberse unido á un apuesto mancebo ni oídose llamar con el nombre dulcísimo de madre. Hallábase, pues, el matrimonio en sumo predicamento entre los judíos, que lo imponían estrechamente, no sólo á jueces y reyes, á sacerdotes y profetas. En la reacción indispensable hacia una cas-

tividad exigida por el desenfreno sensual de la vieja sociedad clásica, se fundó todo el cristianismo. Y la primera aparición, el dulce albor primero de semejante afecto, que debía fundar el monacato más tarde, la consagración de generaciones enteras al ideal y al culto, se halla en el Bautista que precede á Cristo y en el matrimonio castísimo y espiritual de San José con la Virgen. Este dogma de la virginidad, admitido y proclamado por el consentimiento universal cristiano, ha sido visto muy sujeto á controversias y á combates en el transcurso y sucesión de las edades. Una herejía semejante á la nuestra célebre de Prisciliano y nacida en Armenia se dilató por todo el mundo católico á comienzos del siglo VII, negando la humanidad efectiva en Cristo y reconociéndole su divinidad tan sólo, por cuya razón aparece María, según tal doctrina, como un mero medio de manifestación escogido por Dios, mas no como la carne y la sangre de su hijo, pues muerte y nacimiento en este último deben á una considerarse cual meras fantásticas ilusiones. Corrió mucho tan heterodoxa creencia en el siglo VII; pero no tenía novedad alguna. Dos centurias antes las entrañas del mundo cristiano se habían profundamente conmovido á la explosión de una idea muy análoga. El obispo Nestorio descollaba por su virtud y por su ciencia entre todos los

obispos. Hirviendo un cúmulo de ideas ardorosas en su cabeza é industriado en todas las ciencias, no empujó esto á profundos recogimientos en retiros y soledades por el corazón de aquellos vastos desiertos que circuían á las acumuladas poblaciones de aquel tiempo. Nestorio, como San Jerónimo, perteneció á la estirpe triple de los doctores, de los penitentes y de los solitarios. Nombrado para la sede altísima de Constantinopla, llevóse consigo al sacerdote adscrito en las antiguas liturgias á vigilar la vida y el sueño de los prebostes, como testigos fehacientes de su castidad y de sus buenas costumbres. Pues bien, tras varios ardorosos sermones de Nestorio, en que pedía éste al imperio su brazo para el exterminio de los herejes y la proclamación del puro dogma por la fuerza coercitiva del imperio, su vigilante centinela se alzó contra el dogma de la maternidad augusta de María, proclamando que si el Dios católico tuviera una madre, no podíamos extrañar en los paganos el haber hecho provenir sus dioses de mujeres. Nestorio se adhirió á la doctrina del que pudiéramos llamar jefe activo en la guardia de su cuerpo y de su palacio. Como se reataba el obispo mucho al pueblo, y se reclusa en el retiro años enteros, cualquier aparición suya conmovía tanto la muchedumbre cual si perteneciese á las apariciones milagrosas. El rostro de Nestorio, dema-

crado y pálido, se transfiguraba dentro de la capucha. Sus miradas penetrantes parecíanse todas en aquella oscuridad á relámpagos culebreando por la negra y profundísima noche. Uníanse á estos prestigios naturales de su persona el habla resonante y conmovedora, que fluía, unas veces con abundancia serena, y que otras veces, como las aguas torrenciales, se atropellaba, levantando á las alturas vapor de ideas y estruendo de pasiones. Un obispo alejandrino, Cirilo, contestaba todas estas ideas. Hombre de combate, había movido las agitaciones públicas que proscibieron al Crisóstomo y puesto la cuchilla sacrificadora en manos de los fanáticos y supersticiosos que inmolaran á Hypatia. El elocuente Nestorio prestó un cebo á sus cóleras y cebóse con furia en su persona y en su doctrina. Estos combates y estas competencias impusieron la convocación de un ecuménico concilio. Y el concilio se reunió en Éfeso, isla de antiguo consagrada por el paganismo al culto de los ideales femeninos, habiendo así tenido el célebre templo de Diana, donde se adoraba la virginidad tal como podían entenderla y presentarla en su carácter muy sensual, y en su poesía muy humana, y en su religión de la naturaleza, los antiguos pueblos clásicos. Éfeso colocó sobre los altares vacíos, donde brilló la efigie y simulacro de Diana, á la efigie y simula-

cro de María. El Oriente todo visitaba por aquel tiempo su afamado santuario, en ese afán de peregrinaciones religiosas que despertara el amor á los viajes y sirviera un tiempo á la comunicación entre los pueblos. El concilio ecuménico celebrado en Éfeso á mediados del siglo v bajo la incontestable autoridad del emperador bizantino, y con la posible anuencia del Papa romano, proclamó la maternidad y la virginidad á un tiempo de María.

El concilio deliberó entre las mayores agitaciones. Los partidarios de los dogmas opuestos no parecían fieles creyentes, parecían facciosos en armas. Los jefes eclesiásticos unos á otros con furia se deponían, é incitaban más las pasiones políticas que iluminaban las creencias religiosas. Cirilo, depuesto y repuesto, venció en toda la línea, mientras que Nestorio se vió precisado á emigrar como cualquiera de los delincuentes más vulgares. Encerrado en el claustro, frente á frente con su historia y con su conciencia, deducciones lógicas indeclinables le llevaron, una vez negada la virginidad y la maternidad en María, como corolario indeclinable, á negar la humanidad en Cristo. El dogma católico necesita que tenga el Redentor dos naturalezas. Para la Iglesia yerra tanto quien desconoce la humanidad como quien desconoce la divinidad en Cristo. Hereje Arrio por no haber visto en



el Salvador un Dios, y hereje Nestorio también por no haber visto en el Salvador un hombre. Harto cara pagó este último su herejía. Enterráronle vivo en celda tan oscura como un sepulcro. No satisfechos con esto, condujéronlo primeramente á los desiertos de Arabia, después á las orillas del Nilo. Los nubios, que caen sobre tan apartado Delta con frecuencia, cayeron sobre su retiro y lo llevaron de aduar en aduar, afligiéndolo y maltratándolo. Al fin murió entre penas horribles y aflicciones sin medida, ignorándose hoy mismo la hora de su muerte y el sitio donde su cuerpo duerme y descansa. Indudablemente había para disuadirse de cualquier herejía, viendo ya establecida la coacción cesarista, que se usaba con tan implacable crueldad. Y, sin embargo, así antes como después de Nestorio, hubo muchos herejes contrarios al dogma de María. San Jerónimo combatió duramente con Joviniano y Vigilancio, por haber sostenido éstos con la lista de hermanos dada por dos Evangelios ortodoxos á Jesús, la multiplicidad grandísima de otros hijos dados al mundo por María. El santo asceta, incansable traductor de la Biblia, adujo que los conocidos con el nombre de sus hermanos no lo eran, en el rigor exacto de la palabra, dentro de aquella sacra familia de Jesús, eran primos hermanos. Otros, á su

vez, mantenían la opinión de que si Cristo mereció el nombre de Hijo de Dios, fué porque Dios lo adoptara. Esta herejía tuvo tal crédito, que la defendió un obispo en Toledo, cuyo nombre se halla entre los enemigos de María, el obispo Elipando. A su vez Radaberto sostuvo más tarde aquí en Occidente una tesis bien análoga con motivo de la trasubstanciación. Para este pensador cristiano la vida y el sér de María no se transfundieron en la vida y sér de Cristo; por consecuencia, no adquirió éste la humanidad en el vientre de su madre. Sobre si habían ó no de colocarse imágenes en los templos cristianos, y sobre si había de ofrecerse ó no culto á la Virgen María, entablóse ardiente lucha en la misma Constantinopla, que sublevó los ánimos y ensangrentó las calles. Nunca los enemigos del dogma de la virginidad llegaron á extinguirse por completo. Paulicios, nestorianos, bogomiles, cátaros occidentales adoptaron más ó menos la idea de que María no pudo prestar la humanidad á Cristo. Para la mayoría de tales herejes, Dios, supremo Sér, Eterno Padre, engendró dos hijos, de los que uno, el primero, se llamó Satanael, y otro, el segundo, Logos. Quiso aquél, verdadero primogénito, igualar á su padre y ejercer el cargo y el ministerio divino de Criador. Mas así como el Padre generó una creación espiri-

tual puramente, generó el hijo rebelde una creación material llena de males sin cuento y de tristes degeneraciones sin medida. El hombre, criado por la culpa de Satanael, no podía moverse, ni pensar, ni querer como parte integrante de la materia bruta. Entonces el mismo que lo creara se volvió hacia Dios y le reclamó un soplo de su espíritu para el hombre. Y después que Dios, en su misericordia, lo prestara, este genio del mal oprimió en su orgullo al mismo sér á quien animara el Espíritu Santo. Compadecido el Eterno envió para la redención del hombre al divino Logos, que partió de su corazón para entrar en el mundo por los oídos sacros de la Virgen María. Duraron mucho tiempo todas estas controversias respecto de la Virgen y se reunieron á las controversias respecto de su Concepción inmaculada. Juan Huss, el mártir de Constanza, no solamente se revolvía contra la prohibición del cáliz á los laicos, sino contra el culto prestado á María. Bien es verdad que durante mucho tiempo los primeros pensadores del Cristianismo condenaron á una con energía vivísima el culto á las criaturas, teniéndolo como un acto idolátrico, aunque se dirigiese á Cristo en persona. El canon treinta y cinco de las dogmáticas decisiones tomadas por el concilio de Laodicea prohibió el culto á los ángeles, prohibición por la cual

exclamó Epifanio en su libro relativo á las herejías, que si los ángeles no deben ser adorados, menos debe serlo aún María la hija de Ana. En el dogma mismo de la Encarnación variaron mucho las opiniones cristianas y el sentir de los primeros doctores. Tertuliano, Cirilo de Jerusalén, dicen que María concibió por obra del Espíritu Santo. Pero Irineo cree que por obra del Padre; Justino, Clemente de Alejandría y Atanasio que por obra del Verbo, y Agustín que por obra de las tres personas que forman la Santísima Trinidad. En medio de todas estas controversias, lo que ha quedado fijo, y claro, y concreto, como dogma capital de la Iglesia católica, es que María fué Virgen antes del parto, en el parto, después del parto, concibiendo á su Hijo, no por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo y en virtud eficaz de un verdadero milagro. Tal es el sentir y el pensar de la Iglesia católica en todo el transcurso de los siglos.

La concepción de Cristo es contada por los evangelistas canónicos tal como sigue: «Y el nacimiento de Jesucristo, dice Mateo en el capítulo primero de su obra, fué así: que siendo María, su madre, desposada con José, antes de que se juntasen los cónyuges, hallóse haber concebido ella del Espíritu Santo. Y José, su marido, como varón justo, no

queriendo perderla, optó por abandonarla. Y cuando traía esto en mientes, como durmiera y soñara, he aquí un ángel del Señor que le habla en sueños y le dice: «José, hijo de David, no receles de María, »tu mujer, porque lo generado en ella generóse »por obra del Espíritu Santo. Y parirá un hijo. Y »le pondrán por nombre Jesús, á causa de haber »venido para salvar y redimir al pueblo del pecado.» Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor en boca de su Profeta, quien dijo: «He »aquí la Virgen, concebirá y parirá varón, y llamaráslo Manuel, que tanto quiere decir como Dios »con nosotros.» Y despertando José del sueño hizo como el ángel del Señor le había mandado. Y vivió con su mujer, pero sin tratarla ni tener comercio alguno con ella como esposo antes de haber parido á Jesús, su hijo primogénito.» San Mateo hasta aquí. Veamos ahora el texto de San Lucas: «El ángel Gabriel fué mandado de Dios á una ciudad de Galilea llamada Nazareth, donde vivía una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la estirpe de David, y el nombre de la virgen era María. Y habiendo entrado el ángel adonde estaba, dijo: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el »Señor es contigo, y bendita tú eres entre todas las »mujeres.» Y cuando ella oyó esto, conturbóse con las palabras aquellas, y pensó qué género de salu-

tación le dirigía. Y el ángel le dijo: «No temas, no, »María, porque has hallado gracia delante de Dios. »He aquí concebirás en tu seno y parirás un hijo, »y le llamarás por su nombre Jesús. Éste será »grande y llamado hijo del Altísimo, y le dará el »Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará »en la casa de Jacob por siempre, y no tendrá fin »su reino.» Y dijo al ángel María: «¿Cómo será »esto, porque no conozco varón?» Y dijole, respondiendo el ángel. «El Espíritu Santo sobre ti vendrá. Y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y »por eso lo santo, que nacerá de ti, será llamado »Hijo de Dios.» El Evangelio de San Juan elide todas estas escenas, y en alguno que otro versículo denomina madre de Jesús á María y padre á José. «Hemos hallado, exclama por boca de Felipe, dirigiéndose á Natanael, hemos hallado aquel de quien escribió Moisés en la ley, como también los Profetas, á Jesús, el hijo de José de Nazareth. Y díjole Natanael: «¿De Nazareth puede haber »algo bueno?» Dícele Felipe: «ven y ve.» San Marcos habla de la siguiente manera con respecto á los generadores de Jesús, en el capítulo VI, versículos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º: «Y salió de allí Jesús, y llegó á su tierra, y le siguieron sus discípulos. Y venido el sábado comenzó á enseñar en la sinagoga, y muchos quedaban atónitos al oírlo, diciendo: «¿De

»quién tiene todas estas cosas? ¿Y cuál sabiduría es aquesta que le han dado y por cuya virtud tantas maravillas hacen sus manos? ¿No es ese, por ventura, el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, y de José, y de Judas, y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas?» Y se escandalizaban de él. Y en este momento fué cuando Jesús dijo la célebre y siempre confirmada sentencia: «Ninguno es profeta en su tierra.» Y no pudo allí hacer milagros, á causa de la incredulidad con que le perseguían cuantos le rodeaban. Redújose, pues, á curar algunos enfermos, poniéndoles encima las manos.» Hasta aquí los cuatro Evangelios, que nosotros hemos copiado con ligeras variantes, dándoles más clara expresión, en los libros ortodoxos de la Iglesia católica.

El mesianismo se había poco á poco espiritualizado á la llegada misteriosísima de Cristo. Las ideas helénicas de un lado, el ebionismo de otro, los Bautistas y los penitentes en el desierto, ete-rizaban la doctrina israelita y comprendían cómo el ánimo, y el espíritu, y la suerte de Israel demandaban á una el Mesías capaz de regenerar moralmente á la tribu de Judá, llevándola, en alas de sus ideas, desde la servidumbre donde yacía ignominiosamente, á un dominio espiritual sobre la conciencia humana y, de consiguiente, sobre la tierra.

El mundo ha llamado, hasta en los romances vulgares, á quienes pensaban así, judíos espirituales, para distinguirlos de los judíos carnales, muy esperanzados también, pero en la fuerza, en la guerra, en la conquista, en el advenimiento de un rey forzado como David y sabio como Salomón, descendido milagrosamente de lo alto y enviado á tomar de todos los que oprimían patria y raza. cruentísimo desquite. Imaginaos una casa de Nazareth, sita en aquellos espacios aromados por las balsámicas esencias de tantas flores y arbustos como exhalaban su incienso natural allí; oreada siempre al beso de las brisas que despedía el cercano mar Mediterráneo; esclarecida brillantemente al amor de aquellos esplendentes cielos inundados á la continua por los rayos de un sol deslumbrador ó por los destellos de vivísimos astros, y decidme después, en conciencia, si entre los efluvios de la naturaleza material no habría de conmoverse y aun exaltarse los espíritus de una familia, creyente y virtuosa, confiada en el Eterno, aguardando la hora de una redención que podría devolver á todos el perdido poder, y de un Redentor que podría encarnarse, por designación divina, en las entrañas puras de cualquiera entre tantas doncellas como allí había de casta virtud y de resplandeciente belleza. El consuelo en la tris-